

MOGADUR

*"Para que esta vida lo sea,
para que esta vida sea ésta,
ésta y no otra, tiene que haber
otra que, efectivamente, lo sea
también: otra y no ésta."
José Bergamín.*

Dramatis personae:

Ahmed, **El criado** (17 años)

Paschale de Godín, **El jesuita** (39 años)

Jorge Juan y Santacilia, Embajador de España en Marruecos
(54 años)

Manuel de Arredondo y Pelegrín, **Marqués** de San Juan
Nepomuceno (28 años)

Patio de armas de la fortaleza de Mogadur, Marruecos, 1767. Al fondo la Torre del Vigía. La planta baja del torreón está iluminada. Se puede ver claramente a un hombre que trabaja a la luz de una lámpara. Los movimientos que realiza son pausados, lentos, breves y espiritualizados. EL CRIADO y EL JESUITA entran con precaución por el patio de armas.

EL JESUITA.- Ya hemos llegado. Todavía hay luz. Hemos venido tan deprisa que no he podido preparar las cosas. Espero que allí dentro tengamos todo lo necesario.

EL CRIADO.- ¿Qué vamos a hacer ahora?

EL JESUITA.- Antes que nada me gustaría asegurarme de que está despierto. Sí. Lo veo inclinado sobre la mesa. Está de pie. Tiene las manos apoyadas sobre unos papeles. Parece que está escribiendo algo. Se ha dado la vuelta.

EL CRIADO.- Nos mira...

EL JESUITA.- No; no puede vernos. La sombra que nos separa de la torre es demasiado densa. ¿Seguro que está enfermo?

EL CRIADO.- Cuando fui a buscaros se retorció de dolor.

EL JESUITA.- El hombre, en ocasiones, es un animal extremadamente sorprendente.

EL CRIADO.- Debería ir a anunciaros.

EL JESUITA.- No creo que sea de su agrado la visita de un jesuita.

EL CRIADO.- Pero debe recibir el sacramento. No quiere morir en pecado.

EL JESUITA.- Lo mejor sería que atravesáramos los dos la distancia que nos separa de la torre. Entrarás tú primero y me anunciarás. Después me invitarás a pasar y me presentaré. Si está tan débil no negará mi presencia allí.

EL CRIADO.- Podéis omitir que sois jesuita.

EL JESUITA.- No seré yo quien niegue a Pedro.

EL CRIADO.- ¿A quién os referís?

EL JESUITA.- Había olvidado que eres árabe.

EL CRIADO.- Vayamos con mi amo.

EL JESUITA.- He estado varias veces en esa torre, la llaman la Torre del Vigía. Y, sin embargo, parece que la veo por primera vez... Hay que añadir algo a la vida ordinaria antes de comprenderla... Las cosas pequeñas están a nuestro lado. Nuestros ojos no se apartan de ellas pero no las vemos hasta el momento en que se marchan para siempre. ¡Qué alma tan extraña tiene que tener tu amo! Desde aquí parece un alma pobre, ingenua, inagotable... ¡bendita sea!, si dijo lo que debe haber dicho, si ha hecho lo que debe haber hecho..

EL CRIADO.- En este momento sonrío al silencio.

EL JESUITA.- Está tranquilo... no me espera esta noche..

EL CRIADO.- Sonríe sin moverse.

EL JESUITA.- Parece que ya no trabaja... reina un gran silencio... el gran silencio momentáneo... casi podemos escuchar la armoniosa bóveda celeste.

EL CRIADO.- Se acerca a la ventana...

EL JESUITA.- Mira el mar...

EL CRIADO.- No sabe que otros lo están mirando...

EL JESUITA.- También a nosotros nos miran.

EL CRIADO.- Ha levantado los ojos.

EL JESUITA.- Y, sin embargo, no puede ver nada.

EL CRIADO.- Se lleva la mano al vientre.

EL JESUITA.- ¡Qué tranquilo parece! Es como si lo viera en sueños.

EL CRIADO.- Lo veo estremecerse.

EL JESUITA.- Tiene los ojos llenos de temores. Podría estar cien años escudriñando el horizonte y no vería nada. La noche es demasiado oscura; mira hacia allí pero es por aquí por donde llega la desgracia.

EL CRIADO.- Nunca estuve en noche tan silenciosa.

EL JESUITA.- Los pájaros no han anidado esta noche en la torre.

EL CRIADO.- Parece que se tambalea.

EL JESUITA.- Le flaquean las fuerzas.

EL CRIADO.- Debemos darnos prisa.

EL JESUITA.- ¿No crees que le rodea un halo de felicidad?

EL CRIADO.- Busca entre los papeles. Desecha un mapa, luego un grabado, ahora tiene una carta entre sus manos.

EL JESUITA.- Nada puede romper este silencio nocturno.

EL CRIADO.- Vuelve a llevarse la mano al vientre. Temo que le haya dado otro ataque.

EL JESUITA.- Poco podemos hacer nosotros por el enfermo.

EL CRIADO.- Pero sólo nos separan de él unos metros.

EL JESUITA.- Que están defendidos por la oscuridad.

EL CRIADO.- Iré a buscar un fanal.

EL JESUITA.- Es demasiado tarde. Tendré que adentrarme en la sombra.

EL CRIADO.- Os acompañaré.

EL JESUITA.- Iré solo. No debo temer al hijo de Adán.

EL JESUITA se adentra en la oscuridad camino de la torre.

EL CRIADO.- Es cierto que no se escucha nada. Mi amo se dirige hacia su cama. Arrastra las piernas. Tiene los dos brazos en el vientre. Se detiene. Parece que no le quedan fuerzas. Conozco ese dolor agudo, lo he visto otras veces. Espero que el padre llegue a tiempo. ¿Por qué no ha llamado todavía a la puerta? No hay tanta distancia. ¿Se habrá perdido en la noche? Veo a mi amo. No alcanzará el lecho. Ha caído. Está en el suelo. Sobre los mosaicos. Se escucha un sonido. Alguien llama a la puerta. El sacerdote ha alcanzado su objetivo. Entre padre, entre. Nadie puede abrirle. Resuenan de nuevo los nudillos sobre la madera. No espere respuesta. Toc, toc, toc, suena otra vez. Sólo queda el silencio. La puerta se abre. El jesuita está en los aposentos. No puedo esperar más, debo acompañar a mi amo.

EL CRIADO se adentra en la oscuridad.

Interior de la Torre del Vigía. La habitación está llena de libros y papeles. Mar embravecido. Las gaviotas graznan llenando las paredes de piedra, parece que quieren transmitir algún extraño mensaje. La luz de las velas se mueve al son de las gaviotas. JORGE JUAN estudia sus notas, es un hombre envejecido por las responsabilidades. JORGE JUAN pasea su pluma por un plano trazando un gran arco. Detiene su labor, lleva su mano al vientre.

JORGE JUAN.- Otra vez este dolor... parece menos intenso... (Trata de continuar con sus cálculos) añadiendo al resultado del coseno de... (Restalla entre las paredes un graznar de aves marinas) Gaviotas... mal del anclado, esperanza del marino. ¿Ni por un momento podéis manteneros en silencio? ¿Tan alto precio hay que pagar por un poco de calma en este país arrasado por el sol? No hay paz en Marruecos. Siempre hay ruido, ¡siempre! (Vuelve a poner la mano sobre su vientre y lo acaricia, como si tratara de dormir a un recién nacido) ¿Cómo hubiera podido desarrollar su mística Santa Teresa en un lugar como éste? ¡Paz! La matemática necesita calma, pausa y silencio. Deberían coceros malditas gaviotas. O ponerlos en la parrilla de San Lorenzo. No... no... no sois dignas de martirio. Mogadur es el Reino de las Gaviotas. Un reino donde el hombre muere de

hambre y de él se alimentan las alimañas con alas. Casas blancas, pájaros blancos. Picos hocicudos para escarbar mejor entre la negra piel de los famélicos habitantes. Luz y oscuridad. Luz y oscuridad. ¿La luz trae la desgracia? Señor, ¿Debo prosperar en la tiniebla? Si la luz es la razón, ¿volvemos a las pasiones que trazaron los dramaturgos de esa Albión inalcanzable? ¿Hay que devolver a Calderón a la Comedia? ¡Ay gaviotas, pérfidos títeres blancos que tratáis de nublar el juicio del matemático! (*El graznar de las gaviotas alcanza su cénit*) En esta ciudad no hay hombres sólo hay aves carroñeras. ¡Pájaros de burdel y amarre! ¡Silencio! (*El sonido se detiene*) Si tenemos en cuenta el cateto resultante del... (*Grazna una gaviota en la lejanía. Después otra en un punto más cercano y a ésta se suman varios graznidos más*) ¡Callaos! ¡Vais a volverme loco! ¿Por qué turbáis el trabajo del científico? ¿No dormís? ¿No podéis respetar la paz del nocturno?, ¿del que ansía que el mundo se detenga para comenzar su labor? (*JORGE JUAN con la mano en el abdomen se acerca hacia la ventana y mira el mar. El ruido de las aves va desapareciendo*) Os echo de menos amadas aguas, perdonad que este viejo caballero de Malta os haya abandonado. Mi adorado Atlántico... tú que devoraste a los mejores hombres que vio éste mundo, que deglutiste aquella ciudad magnífica, Alejandría de Occidente... eres extraño amante, eres canto de sirena. Me llamas... las olas recitan mi nombre

pero no puedo navegar, aún... (*Grita de dolor*) El marino envejece. Los cuerpos se deterioran, caen como la manzana de Newton pero tú... tú permaneces inalterable. ¡Oh Poseidón que me sedujiste a tan temprana edad! (*Vuelve a gritar de dolor, se retuerce*) Imaginar la pubertad duele, golpea mis órganos como la retórica de un jesuita. (*Cae rendido sobre la mesa de dolor, las gaviotas graznan suavemente*) ¡La carta! Debo escribirle a su majestad antes de que... temo no salir de aquí... que el Reino de las Gaviotas sea mi último destino. Sobrevivir a Mogadur, heroica acción. ¡Silencio criaturas infernales! Dejad que el enfermo pueda escribir a su Rey. (*Busca entre los papeles, los va desperdigando por la habitación*) Todos rayados. Necesito un soporte para mi carta. Hay que escribir al Rey, hay que salvar España. ¡Silencio! Gaviotas, gaviotas, gaviotas... (*Levanta un mapa*) No puedo estropear este mapa. (*A las gaviotas*) Animales apestosos. (*Al mar infinito*) Poseidón no me dejes morir aquí rodeado de estos bichos, arrastra mi cadáver hasta la querida Malta. (*Saca un grabado*) Sería una pena destruir este grabado. (*A sí mismo*) Tienes que ser fuerte Jorge, aún sirves al rey, aún eres útil. (*Saca entre sus papeles una carta*) No puedo escribir sobre esta carta de Antonio de Ulloa... 1752... "Sólo tú puedes llevar a cabo esta misión"... Más de veinte años. ¿Dónde estará Ulloa? Será casi tan viejo como yo, ¿te rodean las gaviotas viejo amigo? Maldito dolor. (*JORGE JUAN se dirige hacia la cama, casi no puede*

sostenerse en pie por su dolor vesicular) Necesito volver a embarcar... el mar lo sana todo, el mar me repondrá... pero antes hay que escribir... si descanso... escribir al rey... la carta... debo soñar... hay que advertir sobre los peligros a la corona... España... (Cae en el suelo antes de llegar a su destino)

Llaman a la puerta. JORGE JUAN sigue en el suelo. Vuelven a llamar. Silencio. Llaman insistentemente. La puerta se abre y entra MANUEL DE ARREDONDO Y PELEGRÍN, MARQUÉS DE SAN JUAN NEPOMUCENO. Busca por la habitación y encuentra a JORGE JUAN en el suelo. Se alarma. Va hacia él, le mide el pulso, lo incorpora. Saca un pañuelo de su casaca lo mueve como si fuera un abanico. Apoya a JORGE JUAN contra la pared, coge un jarro con agua y lo vacía sobre el embajador sin mucha delicadeza. El matemático se despierta desorientado.

EL MARQUÉS.- ¿Se encuentra bien? (Silencio) ¿Dónde está el servicio? ¿Criado? ¿Criado?

JORGE JUAN se incorpora lentamente.

JORGE JUAN.- ¿Quién es usted?

EL MARQUÉS.- No debería incorporarse. Descanse.

JORGE JUAN.- ¿Qué hace en mi torre? ¿Quién le envía?

EL MARQUÉS.- Ha debido sufrir algún tipo de ataque o tal vez un simple desmayo. De todas formas es mejor que permanezca sentado o tumbado hasta que...

JORGE JUAN.- *(Coge el sable que cuelga de la cama)* No me obligue a utilizar esto para lograr que su lengua pronuncie su nombre.

EL MARQUÉS.- ¡Por el amor de Dios Padre! ¿Atacaría a un hombre desarmado?

JORGE JUAN.- Si es enemigo, sin dudarlo.

EL MARQUÉS.- Por eso no debe preocuparse. Soy de los suyos.

JORGE JUAN.- Eso lo decidiré yo. *(Nueva punzada en el estómago, se retuerce)*

EL MARQUÉS.- Déjeme ver su...

JORGE JUAN.- ¡No se acerque! ¡Ahmed! ¡Ahmed! ¿Qué le ha hecho a mi criado?

EL MARQUÉS.- Cuando llegué no había nadie.

JORGE JUAN.- Eso es imposible. Ahmed siempre duerme frente a mi puerta.

JORGE JUAN se acerca hacia la puerta. EL MARQUÉS va hacia la mesa, curioseando entre los mapas.

JORGE JUAN.- Tenía razón no hay... ¡Deje esos mapas! ¿Así que es un espía? ¿Eso es? ¿Viene de parte de los ingleses? ¿Quieren devolverme la jugada de los astilleros? ¡No! Más

bien trabajará para los turcos o para esos arribistas prusianos.

EL MARQUÉS.- (*Carcajea*) ¿Espía? ¿Yo? ¿Aparento ser un aventurero?

JORGE JUAN.- La principal virtud del cazador de secretos es vestir piel de cordero.

EL MARQUÉS.- Soy un simple diplomático.

JORGE JUAN.- Y Aaron era el hermano de Moisés y no dudó en fabricar aquella cabra aurea.

EL MARQUÉS.- No creo que mi peso en la Historia me lleve a convertirme en un personaje bíblico.

JORGE JUAN.- El caso es que su rostro...

EL MARQUÉS.- Son interesantes estos cálculos, si lograra aligerar la quilla del barco tal y como...

JORGE JUAN.- (*Golpea la mesa con el sable que queda atrapado entre la madera*) ¡Aléjese de mis estudios!

EL MARQUÉS.- Debería tener cuidado con ese enorme abrecartas. Uno de los dos podría resultar herido y eso sería bastante desagradable. (*JORGE JUAN trata de separar la espada de la mesa*) Y odio la sangre, me provoca vómitos, me pongo malísimo. Iba para médico, ¿sabe? Pero en cuanto vi el florecimiento de mi hermana caí desmayado. ¡Cuánta sangre! ¿Quiere que le ayude con eso?

JORGE JUAN.- ¡No se acerque!

EL MARQUÉS.- Eso mismo le dije a mi hermana, que no se acercara. ¿Se imagina la impresión que me causó estar

rodeado de mujeres sangrantes? En cuanto a mi hermana Ángela le venía aquella pérdida carmesí, todas las hembras de mi casa comenzaban a sangrar. Es una cosa curiosa. ¿Sabe si le sucede al resto de mujeres? Lo cierto es que aquella situación sanguinolenta me reconciliaba con la naturaleza. Había un sentimiento de manada con tanto efluvio coordinado. ¿Aún sigue con eso? Permítame.

JORGE JUAN.- Le he dicho que...

EL MARQUÉS aparta suavemente a JORGE JUAN, pone con elegancia un pie sobre la mesa, estira y libera la espada. Ríe.

EL MARQUÉS.- No recordaba cuánto pesaban estos instrumentos. Nunca se me dio muy bien la esgrima. (*Le tiende la espada a JORGE JUAN que la coge rápidamente*) Yo creo que las armas de fuego son más elegantes. Así nadie se mancha, salvo el finado, claro, ¿no cree? Han evolucionado muchísimo. No me considero ninguna suerte de adivino pero me atrevo a aventurar que la ingeniería militar llegará a descubrir armas de repetición. Se producirán unas masacres magníficas. ¡Cuánta sangre! Sólo de pensar en ella me hace volver a sentirme como cuando mi hermana Ángela...

JORGE JUAN.- Al menos parece comportarse como un caballero.

EL MARQUÉS.- No crea. Las apariencias engañan. Mi refinamiento lo adquirí en la Villa y Corte. Pero me crié

en Bárcena de Cícero. Un apestoso pueblo de pescadores cántabros.

JORGE JUAN.- ¿Y por fin va a desvelar su identidad?

EL MARQUÉS.- ¡Oh! ¿Ya se ha rendido? Pensé que querría jugar un poco más al gato y al ratón. ¿Ha cesado el dolor?

JORGE JUAN.- ¡Conteste! (*Vuelve a levantar el sable*)

EL MARQUÉS.- ¡Ése es mi hombre! Me encanta este juego de hombría con la espada. (*A sí mismo*) Manuel recuerda lo que te decía madre, no seas pesado. (*A JORGE JUAN*) Mi madre siempre consideraba que estiraba demasiado las bromas hasta el punto de ser molestas. En ese momento, abría su enorme manaza y me abofeteaba hasta que mis carrillos se inflaban como dos buenos tomates de temporada. Le presento mis disculpas, Embajador. El viaje hasta aquí me ha dejado agotado. La falta de sueño me produce *verborreia incontenibilis*, es decir, exceso de palabra. Permítame que me presente y disculpe mi falta de educación. Durante el camino venía pensando en las composiciones de Johan Sebastian Bach. (*Mira de nuevo la habitación*) ¿No tendrá un clavicémbalo? Estos árabes no saben apreciar la música. (*JORGE JUAN se sienta en una butaca*) ¡Oh disculpe! Se me había ido el santo al cielo. Soy Manuel de Arredondo y Pelegrín, Marqués de San Juan Nepomuceno.

JORGE JUAN se levanta y saluda al marqués.

JORGE JUAN.- Jorge Juan y Santacilia, Comendador de Aliaga y Embajador de Nuestra Ilustre Majestad Carlos III en Marruecos. Aunque parece que ya sabe quién soy.

EL MARQUÉS.- Siempre me ha resultado curiosa su costumbre.
(Comienza a caminar por la habitación buscando algo)

JORGE JUAN.- ¿Mi costumbre?

EL MARQUÉS.- Sí. Esa rareza valenciana de poner una "y" entre los dos apellidos. Juan y Santacilia. Llobell y Gregori. Folch y Cardona...

JORGE JUAN.- Pero usted también ostenta la "y" entre Arredondo y Pelegrín.

EL MARQUÉS.- Veo que es una persona perspicaz. Aunque claramente no podría ser de otra forma dada su peculiar trayectoria. En mi caso dicha "y" obedece a un capricho materno.

JORGE JUAN.- Sigo pensando que su rostro me resulta familiar. ¿Es posible que nos hayamos visto antes?

EL MARQUÉS.- Permítame señalar que eso me resulta altamente improbable.

JORGE JUAN.- Pero no imposible.

EL MARQUÉS.- Es cierto, no es imposible, pero la probabilidad es escasa. Aunque usted es el matemático y no yo.

JORGE JUAN.- Es cierto, usted es médico.

EL MARQUÉS.- Eso es inexacto. Mi primera intención era ser médico pero nunca llegué a serlo. Lo de la sangre y mis hermanas, ¿recuerda?

JORGE JUAN.- ¿Cómo olvidarlo!

EL MARQUÉS.- ¿No tiene un clavicémbalo? Es obvio que no, porque ya lo debería haber descubierto... pero es que tengo muchas ganas de hacer sonar uno, de tocar una partitura de Bach. ¿Ha escuchado al alemán? Es una lástima que muriera. Su hijo es francamente pésimo. No entiendo su obsesión de componer para clavicordios. ¡Qué mal gusto!

JORGE JUAN.- ¿Se dedica usted a la música?

EL MARQUÉS.- Eso dañaría mis preciosas manos. Odiaría poseer esos dedos alfilerados más propios de una costurera que de un Marqués. Debo decirle que, como buen español, soy noble, simplemente noble.

JORGE JUAN.- Marqués.

EL MARQUÉS.- Aspirante a Virrey. Suena más ambicioso. ¿Qué virreinato me recomienda? Me hubiera gustado que me concedieran el de las Dos Sicilias pero desde lo de Utrecht... ¡Qué desastre! Eso nos sucede por fiarnos de los ingleses. Nunca confíes en uno de esos hijos de la Gran Bretaña. Así que debo conformarme con algo más exótico, menos grecolatino. ¿Qué tal Perú?

JORGE JUAN.- Perú simplemente es un recuerdo de juventud.

EL MARQUÉS.- ¡Excelente! Ha estado allí. ¿Cómo es Lima? ¿Qué color de casaca me recomienda? ¿El blanco borbón? ¿El Union Jack británico? Éste tal vez sea demasiado ostentoso.

JORGE JUAN.- (*Se sienta en la butaca de nuevo*) En ese viaje empezó mi amistad con Antonio de Ulloa. Yo era entonces un simple guardamarina de 21 años. No distaba mucho de su edad.

EL MARQUÉS.- Me halaga su comentario, pero soy algo más mayor, no me confunda con un efebo. Sin embargo, sus palabras denotan que funciona el compuesto de babas de elefante que fabrica mi boticario. ¿De verdad no hay un clavicémbalo en esta sala?

JORGE JUAN.- Ulloa tenía 19 años, y allí nos embarcaron, por orden del Rey, para acompañar a la expedición francesa. 1734... ¿No cree que el tiempo transcurre demasiado rápido? ¿Qué la oxidación impide que realicemos todos nuestros deseos?

EL MARQUÉS.- El tiempo es un ser totalmente insidioso y molesto. Es lo más parecido a uno de esos moscardones verdeazulados. Pero le puedo garantizar que con Bach todo se hace mucho más llevadero.

JORGE JUAN.- Ahora toda esa expedición me parece tan lejana... hay cosas que no recuerdo. En ocasiones trato de volver a aquella época. Con mi imaginación, claro. Un viaje imaginario... y soy capaz de evocar olores, colores, algunos

sonidos de la jungla... pero no recuerdo sus rostros, los rostros de los franceses, parecen como...

EL MARQUÉS.- ¡Es usted un afortunado!

JORGE JUAN.- ¿Perder la memoria es un don de la diosa Fortuna?

EL MARQUÉS.- ¡Por supuesto que sí! Fortuna es caprichosa pero también sabia. Especialmente con aquellos a los que aprecia. Tenga cuidado porque esa maldita rueda que nos legaron los romanos y que después esculpió Boecio en nuestras mentes puede, si uno no tiene cuidado, pasarle por encima. Pero en este caso, estimado Embajador, le viene como potro regalado. Los rostros franceses son terriblemente afeminados y enjutos, no son nada bellos. ¿Por qué rememorar algo bruto y afeado? Por eso su imaginación es sabia. Ella ha decidido por usted. Y ha decidido que sólo desea conservar belleza.

JORGE JUAN.- Esa tesis suya es extravagante, irregular y sin orden alguno.

EL MARQUÉS.- Sólo algo heterodoxa. Pero... piénselo. ¿No le resulta mucho más agradable la belleza? ¿No es por tanto lógico que nuestra mente conserve exclusivamente aquello que nos ha inspirado perfección? ¿Qué nos han permitido acercarnos, aunque sea por un solo instante, a la esencia del dios Apolo?

JORGE JUAN.- Comienzo a estar algo fatigado para estas discusiones banales. Tal vez si no le importa volver mañana cuando haya descansado...

EL MARQUÉS.- Me habían dicho que era usted un ágil conversador.

JORGE JUAN.- Puede que lo fuera cuando no me clareaba el cabello.

EL MARQUÉS.- ¿Entonces no me va a contar su experiencia peruana? ¿Va a permitir que me vaya a dormir sin saber de qué color debo encargarme mis casacas?

JORGE JUAN.- Mañana Ahmed nos preparará un delicioso desayuno. En esta ciudad hacen unas tortas de miel que harían salivar hasta al mismísimo Papa de Roma.

EL MARQUÉS.- Eso no es excesivamente complejo ya que los ancianos de la silla de Pedro babeaban por sí solos.

JORGE JUAN.- (*Estalla en carcajadas*) Válgame Dios que es usted ingenioso señor Marqués.

EL MARQUÉS.- En las fiestas de palacio sostengo que mi ingenio es fruto de arduo entrenamiento. Pero a usted le confesaré que simplemente es un don natural.

JORGE JUAN.- ¿Vendrá a desayunar mañana?

EL MARQUÉS.- ¿Entonces es cierto que piensa dejarme en ascuas?

JORGE JUAN.- Es usted testarudo.

EL MARQUÉS.- No, simplemente soy cántabro.

*JORGE JUAN vuelve a reír. Se lleva las manos al estómago.
EL MARQUÉS le ayuda a sentarse.*

EL MARQUÉS.- Como médico in pectore, le receto escuchar durante tres horas seguidas *La pasión según San Mateo* de Johan Sebastian Bach. Pero, claro, usted se empeña en no tener un dichoso clavicémbalo. En su defecto... ¿Guarda algún licor en esta austera habitación? (*JORGE JUAN señala uno de los muebles*) Estos aposentos parecen más propios de un monje cisterciense que de un embajador. ¡Oh! ¡Excelente! Vinho de Madeira. ¡Quién lo iba a decir! Tan frugal en apariencia y tan barroco en su interior. Está hecho usted todo un jesuita.

JORGE JUAN.- ¡A esos ni mentarlos!

EL MARQUÉS.- Es cierto, su rey los expulsó hace unos meses.

JORGE JUAN.- Mi rey y el suyo.

EL MARQUÉS.- Claro, claro, el mío también, mi rey, mi majestad, mi excelencia, mi gracia... a veces olvido los detalles. Vienen y se van, sin más. ¡Bluf! ¡Au revoir! Desaparecen cuando menos te lo esperas a pesar de que esa corona a la que llaman España sólo produzca jorobados.

JORGE JUAN.- ¿Cómo dice?

EL MARQUÉS.- Que aquí tiene un poco de Madeira. Beba, beba.

JORGE JUAN.- No sé si...

EL MARQUÉS.- Sin miedo. Adelante mis valientes, brindemos por Covadonga, por San Quintín, por Lepanto y por

Trafalgar. Creo que me he adelantado con el último brindis. Dejemos las glorias patrias pasadas y futuras. Una, dos y...
(*Los dos beben de un trago y apoyan el vaso sobre la mesa*)
Exquisito. Es como tener esa isla portuguesa en la boca.

JORGE JUAN.- Me arde la tráquea.

EL MARQUÉS.- No se ponga gazmoñón. (*Sirve de nuevo el licor*) Otra copa para Don Jorge Juan y Santacilia y otra para su más humilde servidor.

JORGE JUAN.- ¡Por los patriarcas de la Iglesia! Es usted lo más cercano a un torbellino que jamás vi. Me resulta tan familiar y, sin embargo, me parecería imposible olvidar a alguien como usted.

EL MARQUÉS.- No muerda tanto la oreja que al final sangrará.

JORGE JUAN.- Haré lo que sea con tal de que no repita la historia de sus hermanas. (*Ríen*) ¡Quién tuviera su fuerza juvenil! Pero conservando mi experiencia. Verá Marqués... (*EL MARQUÉS levanta la copa, brindan, beben*) ¡Aaargh! Verá... no acabo de entender el motivo de su visita. No pretendo ofenderle pero... lo cierto es que soy incapaz de imaginar qué hace en Mogadur.

EL MARQUÉS.- Antes o después debíamos llegar a tan fastidioso asunto. Si le soy sincero me hubiera gustado que fuera más tarde que pronto. Ya que, a pesar de lo que diga, resulta usted casi tan ingenioso como yo. Tal vez más pausado, con menos vitalidad, pero ¿cómo conservar intacta

el alma después de recorrer medio mundo? Yo todavía conservo algo de ingenuidad, de esa candidez que poseen los que todavía viajan por placer sin depender de Borbones ni Ensenadas.

JORGE JUAN.- Marqués le ruego que abandone los circunloquios.

EL MARQUÉS.- Entienda que no me resulta fácil. Hay situaciones que me incomodan.

JORGE JUAN.- ¿Es necesario que me ponga la peluca para saber el motivo de su visita?

EL MARQUÉS.- Por mí no debe cumplir ningún protocolo.

JORGE JUAN.- Sea.

EL MARQUÉS.- He venido a reemplazarle.

Silencio. JORGE JUAN se levanta, va hacia la ventana. Mira hacia el mar.

JORGE JUAN.- ¿No escucha las gaviotas?

EL MARQUÉS.- Lamento tener que ser yo quien le dé la noticia. Debería haber recibido un correo pero el Conde de Aranda prefirió que...

JORGE JUAN.- ¿El Conde de Aranda? ¿Y Su Majestad? ¿Qué ha dicho el rey Carlos?

EL MARQUÉS.- El rey es el rey.

JORGE JUAN.- ¿Y eso qué significa?

EL MARQUÉS.- Bien lo sabe. Desde lo de Esquilache, Madrid está... ¿Cómo decirlo? Revolucionada. Ensenada desterrado, los jesuitas expulsados...

JORGE JUAN.- Se demostró que los jesuitas estaban implicados en la revuelta contra el ministro Esquilache, quien, por otra parte, sólo hacía bien al país.

EL MARQUÉS.- La culpa está más en la mirada del juez que en las manos del reo.

JORGE JUAN.- ¿Estáis en contra de la decisión del Rey?

EL MARQUÉS.- Últimamente Su Graciosa Majestad y éste humilde Marqués no son del mismo sentir.

JORGE JUAN.- Eso podría considerarse traición.

EL MARQUÉS.- O libre albedrío.

JORGE JUAN.- Mi sustituto es un sedicioso.

EL MARQUÉS.- En ese punto coincidís con el Conde de Aranda.

JORGE JUAN.- Aranda es un reaccionario. Mi lealtad está con el Marqués de la Ensenada.

EL MARQUÉS.- Querido embajador, no me agrada ser su sustituto. Estáis más capacitado que yo para esta tarea. Le confieso que la sola idea de pasar un verano en este país me estremece. La polémica sobre la expulsión de los jesuitas ha hecho que el rey Carlos pierda muchos apoyos. Entre ellos el mío. Es cierto que nuestro país ha mejorado en estos años de luz y razón. Incluso el teatro parece del lado del progreso gracias a los entremeses de don Ramón de la Cruz. Esas adorables piecicillas están destinadas a

señalar las lacras de nuestras clases populares. Además, don Ramón goza de enorme éxito entre todos los estamentos. Usted ha contribuido a romper nuestro vínculo con el oscurantismo medieval. Estoy seguro de que los libros le recordarán como un genio. ¿Cuántos españoles pertenecen a la Royal Society, a l'Academie Royale des Sciences de París y a la Königlich Preußische Sozietät der Wissenschaften de Berlín? Las tres Academias más importantes de Europa y, por ende, del Mundo. Sois una eminencia. Una leyenda viva. Si os detenéis y elegís una pose adecuada os confundirán, seguramente, con vuestra propia imagen tallada en mármol. Pero debéis asumir que ya no gozáis del favor real. Admitámoslo, los sabios molestan. ¿Por qué enviaros a Marruecos? Un destierro dulce. Ahora este exilio de arena y viento alisio me corresponde a mí. Y, sin embargo, incluso en el destierro al que os envía la corona os mostráis eficiente. Habéis logrado firmar el primer Tratado de Paz y Comercio entre Marruecos y España. Apuesto mi muñeca derecha, y bien sabe Dios la estima que le tengo, que en la Corte nadie esperaba que tuvierais éxito.

JORGE JUAN.- Así que Mogadur es mi canto de cisne. (Silencio) ¿Y cuál es mi próximo destino? ¿Vuelvo a Inglaterra? ¿Francia? ¿Las colonias?

EL MARQUÉS.- No hay nuevas órdenes. El Conde de Aranda espera que disfrutéis de un retiro digno en vuestra casa de Madrid o en vuestra Novelda natal.

JORGE JUAN.- ¡Pero eso no es posible! Tengo que terminar mi trabajo. Todavía puedo mejorar el sistema de construcción de nuestros buques. Mis avances sobre la construcción de navíos son cada día más notables. Estoy preparando un tratado que revolucionará Europa. Seguramente acabe extendiéndome dos volúmenes en lugar del tomo único que había concebido originalmente. (*Busca entre sus papeles, saca uno y lee en voz alta*) *Examen Marítimo Teórico Práctico o Tratado de Mecánica aplicada a la construcción, conocimiento y manejo de los navíos y demás embarcaciones.* ¡Cuánto le debe el Mundo a Newton!

EL MARQUÉS.- Creo que es mejor que me marche. Mañana vendrá mi ujier para ayudarle con el traslado de sus objetos.

JORGE JUAN.- No me puede hacer esto.

EL MARQUÉS.- Yo no tomo las decisiones.

JORGE JUAN.- ¿No he servido bien al Rey?

EL MARQUÉS.- Demasiado.

JORGE JUAN.- ¿No he dado la vida por mi patria? ¿No recorrí todo el Perú para medir la distancia exacta entre meridianos?

EL MARQUÉS.- A mí no debe convencerme de nada.

JORGE JUAN.- ¿No me jugué la vida en Londres sacando de allí a los maestros armadores ingleses que modernizaron nuestra flota?

EL MARQUÉS.- Embajador...

JORGE JUAN.- ¡No me llame así! Ya no soy más que un mísero caballero de la orden de Malta. Apartado del servicio en activo. Destinado a encerrarme en un caserón madrileño.

EL MARQUÉS.- Dios, qué buen vasallo, si tuviese buen señor.

JORGE JUAN.- El hombre que vive, sueña lo que es hasta despertar. Y ahora empieza el tiempo de vigilia para dar paso a la realidad que ocultaba el velo de la nocturna ilusión. Ya despierto, veo de nuevo las cadenas en mis muñecas. ¿Don Manuel sois vos mi Clotaldo? "Es verdad, pues: reprimamos / esta fiera condición, / esta furia, esta ambición, / por si alguna vez soñamos. / Y sí haremos, pues estamos / en mundo tan singular, / que el vivir sólo es soñar; / y la experiencia me enseña, / que el hombre que vive, sueña / lo que es, hasta despertar."

EL MARQUÉS.- (*Aplaudes*) España ganó un sabio pero perdió un gran actor. Sois guardián de curiosa dicotomía: rechazáis a los jesuitas pero en la derrota os tornáis calderoniano.

JORGE JUAN.- ¿Conocéis pues la desventura del príncipe Segismundo?

EL MARQUÉS.- Sin duda. Ya sabéis de mi afecto por los padres jesuitas. Aunque debo reconocer que prefiero *La dama duende*.

JORGE JUAN.- He visto y vivido la vida feliz. He visto el sueño de Segismundo y ahora... El Rey me devuelve a la oscuridad.

EL MARQUÉS.- Pero Segismundo se revuelve contra su destino, desafía a la Fortuna.

JORGE JUAN.- El príncipe es joven y yo ya estoy al final del camino.

EL MARQUÉS.- La Fortuna quiere aprisionarlo, encadenarlo a su rueda. Pero, ¿no serán éstas, en definitiva, sencillamente las cadenas del demonio?

JORGE JUAN.- Creo que prefiero no entenderos.

EL MARQUÉS.- El padre Juan de Mariana en su *De rege et regis institutionae* nos abre los ojos, nos saca de nuestra particular caverna. Si el rey deviene en tirano, ¿debemos obedecerle? ¿No deberíamos levantarnos y acabar con él?

JORGE JUAN.- Su Majestad Carlos...

EL MARQUÉS.- ¿Y si el problema no fuera el individuo sino la institución?

JORGE JUAN.- He servido a tres monarcas, os aconsejo que tengáis sujeta vuestra lengua.

EL MARQUÉS.- El gobierno de uno solo no es otra cosa que la tiranía. Así lo describe Tucídides.

JORGE JUAN.- La tradición dice que el gobierno español reside en la monarquía.

EL MARQUÉS.- La tradición no es más que la prostitución del pasado.

JORGE JUAN.- ¡Moderaros!

EL MARQUÉS.- ¡Despertad!

JORGE JUAN.- ¿Y qué pretendéis, que nos organicemos como los romanos? ¿Instituir una República?

EL MARQUÉS.- ¿Ha habido en la historia del hombre civilización más avanzada que la romana? ¿No dominó Roma todo el mundo conocido? ¿No desarrollaron los más importantes avances tecnológicos? Don Jorge, vos lo habéis padecido. Habéis sufrido los caprichos de la Corte. Debemos limitar el poder del Rey antes de que sea demasiado tarde. El buen gobierno de una nación no puede someterse a los caprichos de un individuo o a los de una reducida casta de hombres cuyo único mérito consiste en poseer las más aduladoras lenguas del país. Un hombre como vos, de vuestra valía, relegado a la embajada en Marruecos. ¡Cómo soportar semejante insulto! Vuestro puesto debería estar en España, en los Reales Astilleros, mejorando nuestra armada y no en esta ciudad alejada de la civilización.

JORGE JUAN.- Los jesuitas han acabado con vuestra voluntad. Dad por hecho que en cuanto llegue a España informaré a Su Majestad de vuestras intenciones. Por vuestras venas corre sangre hebraica. ¡Marchaos!

EL MARQUÉS.- Estáis tan ciego como Edipo. La monarquía está obsoleta. Copiamos demasiado el modelo francés cuando la nación más avanzada es Inglaterra. Fijaos en su monarquía. Un rey sometido al parlamento. Le deben todo a Cromwell.

JORGE JUAN.- Oliver Cromwell era un asesino.

EL MARQUÉS.- Acabó siendo un tirano, no supo dominar el poder y éste terminó con él. Hasta ahí estoy de acuerdo. ¿Pero no le debe Inglaterra toda su modernidad? ¿Quién le recordará como dictador? Las generaciones venideras, cuando sean capaces de interpretar su legado, le fundirán efigies de bronce que decorarán cada plaza del país. Yo sé que usted cree en el progreso, en las ideas, en el cambio. Ambos nos asemejamos más de lo que parece. Nuestra única diferencia estriba en que ha olvidado todo lo que nos une.

JORGE JUAN.- ¡Basta! Debería destriparle ahora mismo.

EL MARQUÉS.- Hágalo. (*Saca una pistola y se la ofrece*) Pero con la pistola, mancha menos, aquello de la sangre y mis mareos, ya lo sabe. Dispáreme. Le ruego demuestre mi yerro. Demarque que usted y yo sólo tenemos diferencias, que jamás pensó como yo.

JORGE JUAN coge la pistola. La estudia. Apunta al MARQUÉS.

JORGE JUAN.- No dudaría en apretar el gatillo y, sin embargo, esa cara me resulta tan familiar.

EL MARQUÉS.- ¿A qué espera?

JORGE JUAN.- Este hombre y yo nos hemos visto antes.

EL MARQUÉS.- ¿No soy un traidor? ¿Va a permitir que el embajador español en Marruecos desee una República antes que cualquier monarquía?

JORGE JUAN.- ¿Será realmente quien dice ser? ¿Es mi sustituto?

EL MARQUÉS.- Le ruego que no me haga esperar, es de muy mal gusto morir al amanecer, prefiero hacerlo en el silencio de la noche. Morir entre gaviotas antes que vivir postrado.

Silencio.

JORGE JUAN.- Quem quaretis in sepulchro?

EL MARQUÉS.- A Jorge Juan el crucificado.

JORGE JUAN.- ¿Quién eres realmente?

EL MARQUÉS.- Un marqués.

JORGE JUAN.- No eres capaz de engañarme. Reconozco tu rostro.

EL MARQUÉS.- Todos los cántabros nos parecemos.

JORGE JUAN.- Tu reino no es de este mundo.

EL MARQUÉS.- No soy el Mesías.

JORGE JUAN.- ¡No nombres a Dios en vano!

EL MARQUÉS.- Soy menos blasfemo de lo que aparento.

JORGE JUAN.- (*Baja el arma*) ¿Cómo he podido estar tan ciego?

EL MARQUÉS.- ¿Os he hecho entrar en razón?

JORGE JUAN.- Vuestro rostro me era familiar porque lo he visto cientos de veces. Sois parte de la iconografía más representada por el hombre. Os remontáis a la noche de los

tiempos y las diferentes sociedades os han dado diversos nombres. El Papa de Roma os llama Satanás.

EL MARQUÉS.- (*Ríe*) ¿Y dónde están mis cuernos de carnero o mi larga cola terminada en punta?

JORGE JUAN.- El demonio se presenta en las formas más inverosímiles.

EL MARQUÉS.- ¿Afirmáis, pues, que soy luciferino?

JORGE JUAN.- Habéis venido a tentarme con seductoras palabras. Pretendíais que me doblegara ante vuestras vulgares lisonjas. Queríais quebrar mi voluntad y hacerme desconfiar de mi Rey.

EL MARQUÉS.- (*Se mira en un espejo*) ¿Si fuera el Diablo habría escogido un cuerpo tan poco digno? ¿No me mostraría ante vos con fatuidad y vehemencia?

JORGE JUAN.- Vuestro ingenio es un don, me dijisteis. No lo es. Eso es una falacia. Vuestro ingenio viene cultivado de milenios de seducciones y trampas. Sois un experto en el engaño. Sabéis que si os hubierais presentado aquí con vuestra verdadera apariencia jamás os habría escuchado. Sin embargo, os personáis como un joven inteligente, leído, astuto y divertido. Cualidades que yo admiro y así doblegáis mis defensas. El hombre es como una fortaleza. Pero todo castillo tiene un punto débil, una zona frágil, que si el enemigo conoce puede terminar con el asedio en un santiamén. Y Lucifer conoce ese lugar y siempre ataca en el mismo punto y nosotros, como hombres débiles, rendimos la

plaza. Pero es nuestro deber conocer dónde está esa debilidad y apostar allí a nuestro mejor regimiento, para que sea capaz de rechazar al enemigo antes de que tome la fortaleza. ¡Jaque mate!

EL MARQUÉS.- Primero Calderón y ahora San Ignacio de Loyola. Tendréis limpieza de sangre pero estáis hecho todo un jesuita.

JORGE JUAN.- ¿Tendrá la culpa el padre del desvío de sus hijos? ¿Le haremos pagar al bienintencionado fundador de la Compañía de Jesús las felonías de sus sucesores?

EL MARQUÉS.- ¿Y si los jesuitas no se hubieran desviado sino que estuvieran aplicando a rajatabla las enseñanzas de Ignacio? ¿No son las reducciones del Paraguay las utopías que señalaba Tomás Moro? Y cuando aquel territorio comenzaba a funcionar como una nueva sociedad donde no hacía falta monarcas, donde la libertad de los indios generaba composiciones mejores que las del propio Johan Sebastian Bach, violines a la altura de los fabricados por Stradivarius, rentas económicas saneadas y una paz social nunca vista en Europa, ¿qué hicieron los reyes europeos? (Pausa) Destruyeron el paraíso y nos vendieron que aquello era la nueva Babel. Pero os vaticino que el progreso es imparable. ¿Dudó Guillermo de Orange al convertirse en rey de Inglaterra en aplastar el parlamentarismo de los Países Bajos? Los holandeses se liberaron del yugo español para forjar sus propias cadenas nombrando a otro rey. ¡La

institución está pervertida! Un hombre es un hombre y todo hombre cuando bebe del cáliz del poder pierde toda humanidad.

JORGE JUAN.- Estáis manipulando la historia.

EL MARQUÉS.- Estáis cediendo. Cae la venda de vuestros ojos. Lo puedo ver.

JORGE JUAN.- ¡Callaos!

EL MARQUÉS.- Mirad hacia América, en ella está el futuro.

JORGE JUAN.- (*Tiembla*) Salid de mi cabeza. Sois el demonio.

EL MARQUÉS.- Soy el más vulgar de los demonios: un simple hombre.

JORGE JUAN.- ¿Qué clase de bebedizo vertisteis en el licor de Madeira que nubla mi juicio?

EL MARQUÉS.- El poder de la verdad.

JORGE JUAN.- ¡Atrás! No me toquéis o dispararé.

EL MARQUÉS.- Sostengo como evidentes que todos los hombres son creados iguales, que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.

JORGE JUAN.- ¡Retroceded! ¡Apartaos de mí!

Vuelven a graznar las gaviotas. JORGE JUAN trata de espantarlas como si estuvieran por toda la habitación.

EL MARQUÉS.- Que para garantizar estos derechos se instituyen entre los hombres los gobiernos, que derivan sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados.

JORGE JUAN.- ¡Alimañas aladas! Señor, he aquí a tu siervo, ¿por qué me condenas a este sufrimiento?

EL MARQUÉS.- Que cuando quiera que una forma de gobierno se vuelva destructora de estos principios, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla, e instituir un nuevo gobierno que base sus cimientos en dichos principios, y que organice sus poderes en forma tal que a ellos les parezca más probable que genere su seguridad y felicidad. La prudencia, claro está, aconsejará que los gobiernos establecidos hace mucho tiempo no se cambien por motivos leves y transitorios. Y, de acuerdo con esto, toda la experiencia ha demostrado que la humanidad está más dispuesta a sufrir, mientras los males sean tolerables, que a hacerse justicia mediante la abolición de las formas a las que está acostumbrada. Cuando una larga serie de abusos y usurpaciones, que persigue invariablemente el mismo objetivo, evidencia el designio de someterlos bajo un despotismo absoluto, es el derecho de ellos, es el deber de ellos, derrocar ese gobierno y proveer nuevas salvaguardas para su futura seguridad.

JORGE JUAN sigue gritando por la habitación, finalmente apunta al MARQUÉS. Dispara. El MARQUÉS comienza a sangrar. Silencio.

EL MARQUÉS.- Me habéis...

JORGE JUAN.- ¡Sangráis!

EL MARQUÉS.- Ya os dije que sólo era un hombre.

JORGE JUAN.- Y vuestro rostro me sigue resultando tan familiar...

EL MARQUÉS.- Acercadme una bacía. Voy a vomitar... la sangre... no serviría como médico... se me dan mejor las matemáticas...

JORGE JUAN.- (*Le acerca un orinal*) ¿También sois matemático?

EL MARQUÉS.- Seré... todavía no... seré... (*Vomita*) Toda Europa reconocerá mi trabajo... Juro que...

JORGE JUAN.- ¡Ahmed! ¡Ahmed! ¡Dichoso muchacho! ¿Dónde se habrá metido? Marqués, no os preocupéis. Mi experiencia en la marina me ha enseñado alguna cosa sobre heridas... mi criado vendrá pronto... irá a buscar un médico.

EL MARQUÉS.- Creo que no hay nada que hacer.

JORGE JUAN.- ¡Tened fe!

EL MARQUÉS.- Prometedme una cosa.

JORGE JUAN.- Lo que deseéis.

EL MARQUÉS.- Escribid al Rey... enviadle una carta... advertirle de los males de España. No tengáis miedo, es vuestra obligación... o se romperá el cuarto sello...

JORGE JUAN.- La herida le hace delirar.

EL MARQUÉS.- El apocalipsis... la guerra...

JORGE JUAN.- Europa está en paz.

EL MARQUÉS.- No... la guerra entre... entre nosotros... la veo... no penséis en lo que nos separa... descubrid lo que nos une. ¡Papel!

JORGE JUAN.- Sois un hombre joven, vais a resistir, no tendré que decir nada al Rey lo haréis vos.

EL MARQUÉS.- Escribid por mí estos versos. (*JORGE JUAN coge uno de sus mapas y moja la pluma en el tintero*) Ya hay un español que... que quiere vivir y a vivir empieza,... (*EL MARQUÉS vuelve a vomitar*) entre una España que muere... y otra España que bosteza... Españolito que vienes al mundo... te guarde Dios... Una de las... dos Españas ha de helarte el corazón. Me gustaría tocar el clavicémbalo por última vez, pero mis dedos no responden...

JORGE JUAN.- ¡Ahmed! Maldito chico. ¡Guardia! ¿No hay nadie en este lugar? Voy a buscar ayuda, apretad bien el paño contra vuestro vientre.

EL MARQUÉS.- No me dejéis solo... es ordinario morir solo... (*JORGE JUAN busca en la habitación, encuentra una Biblia, la botella de vino de Madeira y unos pantalones lilas*) No os ofendáis pero preferiría que una orquesta de cámara sonara las composiciones de algún ruso que está por nacer. Deberé conformarme con vos. Ya me faltan las fuerzas... mi voz... alejaos de las gaviotas... escribid al rey... la sangre me

produce vómitos... mis hermanas... me crié en un pueblo... el gobierno de uno es... De rege et regis... No hay dignidad en la muerte, a pesar de lo que diga la épica.

JORGE JUAN.- *(Se coloca los pantalones a modo de estola. Abre la Biblia y lee)* Marcos 7, 32-36.

EL MARQUÉS.- No sermoneéis mi muerte por el amor de Dios.

JORGE JUAN.- "Le llevaron un sordo y tartamudo, rogándole que le impusiera las manos, y tomándole aparte de la turba, metiéndole los dedos en los oídos, y escupiendo, le tocó la lengua, y mirando al cielo, suspiró y dijo: "Efeta", que quiere decir ábrete; y se abrieron sus oídos y se le soltó la lengua hasta hablar correctamente." Amén.

EL MARQUÉS.- Por suerte... sólo padezco una herida de bala... ¿Me imagináis incapaz de hablar?

JORGE JUAN.- No he encontrado aceite. Os ungiré con el Madeira.

EL MARQUÉS.- Estupendo, pero no lo echéis en la frente, dádmelo de beber.

JORGE JUAN se moja los dedos con el licor, traza una cruz sobre la frente del MARQUÉS.

EL MARQUÉS.- La ambrosía desperdiciada. Un extraño frío invade mi cuerpo. Mi reino ya no es de este mundo. *(Carcajea)* Los hombres no estamos nunca preparados para enfrentarnos a los grandes momentos. Somos cobardes por

naturaleza. Veo frente a mí a la parca y sólo puedo decirle que pase otro día a tomar el té, pero parece que es obstinada. Marruecos es un país frío. Mis huesos tiritan como si estuvieran en Laponia. Las paredes se han helado. Soy una pepita de sandía en este mundo inmenso. ¿Le escribiré al rey? Vuelvo a tener catorce años. Estoy en la cubierta de un barco. Llevo días en el mar. Tierra firme grita el vigía. Me han separado de mi familia. Mi tío dice que me espera un destino mejor. Nadie me ha preguntado cuál es mi voluntad. Voy a un país extraño. Ya veo tierra desde el mascarón. Una isla. Es diminuta. El horizonte dibuja sus playas. Voy a ser admitido en la orden de Malta. Me espera el celibato. No podré disfrutar de mi sexo. Sólo tengo catorce... catorce...

JORGE JUAN.- ¿Eso es imposible! ¿Quién os ha contado eso?

EL MARQUÉS.- Nunca había navegado. Cuando embarqué me entraron náuseas. El mundo se movía a mi alrededor. Se me ocurrió un chiste. Copérnico había descubierto la rotación de la tierra cuando subió a un esquife. ¿Se imagina? ¿No le resulta gracioso? Copérnico y un esquife... ¿Qué opinaría Galileo? ¡El mundo gira sobre su propio eje!

JORGE JUAN.- Eso fue lo que yo pensé al llegar a Malta, nunca se lo había contado a nadie... ese rostro... ese rostro...

JORGE JUAN corre frente al espejo. Se mira aterrado, después mira al MARQUÉS. Desplaza sus arrugas con los

dedos. Va hacia el arcón. Saca una vieja casaca raída y polvorienta idéntica a la del MARQUÉS y una peluca de cabellos castaños. Se viste. Se mira al espejo. Vuelve a mirar al MARQUÉS.

EL MARQUÉS.- ¡Jaque mate! Ahora sí. Ya habéis descubierto quién soy. Adiós amigo.

JORGE JUAN llora. El dolor vuelve al vientre. Grita.

JORGE JUAN.- El marino envejece. Los cuerpos se deterioran, caen como la manzana de Newton, pero tú... tú permaneces inalterable. ¡Oh Poseidón que me sedujiste a tan temprana edad! (*Vuelve a gritar de dolor, se retuerce*) Imaginar la pubertad duele, golpea mis órganos como la retórica de un jesuita. (*Cae rendido sobre la mesa de dolor, las gaviotas graznan suavemente*) ¡La carta! Debo escribirle a su majestad antes de que... temo no salir de aquí... que el Reino de las Gaviotas sea mi último destino. Sobrevivir a Mogadur, heroica acción. ¡Silencio, criaturas infernales! Dejad que el enfermo pueda escribir a su Rey. (*Busca entre los papeles, los va desperdigando por la habitación*) Hay que escribir al Rey, hay que salvar España. ¡Silencio! Gaviotas, gaviotas, gaviotas... (*Levanta un mapa*) No puedo estropear este mapa. (*A las gaviotas*) Animales apestosos. (*Al mar infinito*) Poseidón no me dejes morir aquí rodeado

de estos bichos, arrastra mi cadáver hasta mi querida Malta. (*Saca un grabado*) Sería una pena destruir este grabado. (*A sí mismo*) Tienes que ser fuerte Jorge, aún le sirves al rey, aún eres útil. ¿Dónde estará Ulloa? Será casi tan viejo como yo, ¿te rodean las gaviotas, viejo amigo? Maldito dolor. (*JORGE JUAN se dirige hacia la cama, casi no puede sostenerse en pie por su dolor vesicular*) Necesito volver a embarcar... el mar lo sana todo, el mar me repondrá... pero antes hay que escribir... si descanso... escribir al rey... la carta... debo soñar... hay que advertir sobre los peligros a la corona... España... (*Cae en el suelo antes de llegar a su destino*)

Llaman a la puerta. JORGE JUAN sigue en el suelo. Vuelven a llamar. Silencio. Llaman más fuertemente. La puerta se abre. Entra EL JESUITA. Busca por la habitación y encuentra a JORGE JUAN en el suelo. Se alarma. Va hacia él, le mide el pulso, lo incorpora. Saca un pañuelo de su levita, lo mueve como si fuera un abanico. Apoya al matemático contra la pared. EL JESUITA coge un jarro con agua y lo vacía sobre JORGE JUAN sin mucha delicadeza. El matemático no responde. Entra AHMED. Abraza a su señor. Llora. Suena la Obertura 1812 de Tchaikovsky que ahoga todos los demás sonidos. EL JESUITA da unas indicaciones al criado. AHMED coge la pistola que hay sobre la mesa y sale. EL JESUITA coge los pantalones lilas y se los pone de estola. Se

santigua y reza. Busca por la habitación. Encuentra la Biblia y el vinho de Madeira. Se acerca a JORGE JUAN. Abre el libro sagrado por una página marcada. Lee. Se escucha por encima de la orquesta la voz de JORGE JUAN: "Le llevaron un sordo y tartamudo, rogándole que le impusiera las manos, y tomándole aparte de la turba, metiéndole los dedos en los oídos, y escupiendo, le tocó la lengua, y mirando al cielo, suspiró y dijo: "Efeta", que quiere decir ábrete; y se abrieron sus oídos y se le soltó la lengua hasta hablar correctamente." EL JESUITA termina de rezar. Acomoda en el suelo a JORGE JUAN. Bendice el Madeira, unge sus dedos con él. Traza una cruz en la frente del valenciano. Entra AHMED. En una mano lleva la pistola en la otra una gaviota. El sacerdote abre la boca de JORGE JUAN. Arranca una pluma de la gaviota y la pone en los labios del sabio. Lo bendice. No sucede nada. Vuelve a hacer la señal de la cruz. Nada. Se agacha a la altura de la cabeza de JORGE JUAN. Bendice al valenciano y sopla. La pluma se mueve y vuela por la habitación. AHMED y el JESUITA se abrazan. Amanece. La luz invade toda la estancia haciendo desaparecer lo allí acontecido.

Epílogo

Jorge Juan y Santacilia sobrevivió a su misión en Marruecos. En mayo de 1770 fue nombrado director del Real

Seminario de Nobles de Madrid, permaneciendo al frente del mismo hasta su muerte, en junio de 1773. Falleció sin saber tocar el clavicémbalo. Lamentablemente nunca llegó a conocer a Pyotr Ilyich Tchaikovsky. El ruso nacería 67 años después.